

IX Jornadas de Sociología de la UNLP

Mesa 46/ Homo Ludens. Sociabilidad, deporte y tiempo libre en las sociedades contemporáneas

Aluminé Gorgone Pampín

Instituto de Investigaciones en Turismo. Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina.

alumine.gorgone@gmail.com

La experiencia turística en la naturaleza como constitutiva del ser individual y social: caso de viajeros europeos en la Patagonia.

La intención de este trabajo es realizar una aproximación a una tema de investigación en proceso, desde uno de sus costados posibles de abordaje: analizar el vínculo entre una práctica turística particular que por su forma de realizarse podría considerásele un estilo de vida, que no se opone o complementa a la esfera del trabajo, sino que proponemos la posibilidad de su sustitución en cuanto constructor de una relato de vida. De esta manera, más allá de que los actores a analizar desempeñen una práctica que refleja el paradigma posmoderno actual, que compatibiliza y es funcional al proceso de globalización; al mismo tiempo podrían plantear potenciales evasiones y resistencias al mismo, mediante la constitución de subjetividades alternativas a las fuerzas del sistema laboral.

El sector turístico es uno de los sectores de la economía más dinámico del planeta: según la Organización Mundial del Turismo (OMT) en la década de 2004 al 2014 ha tenido una tasa de crecimiento promedio anual de 4,1% en llegadas y de 7,2% en ingresos. Pensado en términos económicos como una exportación, el turismo internacional es responsable de un 30% de las exportaciones mundiales de servicios y el 6% de las exportaciones totales de bienes y servicios, quedando en cuarto lugar según magnitudes luego de los combustibles, químicos y alimentos. En cuanto a movilización de personas, en el año 2014 se contabilizaron 1.135 millones de turistas en todo el mundo. El flujo de los turistas, si bien parte la mayoría de los países “centrales”, tiene

como destino en su mayoría los mismos países: Europa lidera el ranking, seguido por Asia y el Pacífico y luego las Américas, quienes recibieron en ese mismo año 181,5 millones de turistas extranjeros, es decir un 16% del total mundial. Sin embargo, esta última región fue la que más creció, con un ritmo del 8,1%, destacándose América del Sur como la subregión más visitada luego de América del Norte, con 29,1 millones de llegadas internacionales. De este total, Brasil recibió la mayor cuota (22%) y la Argentina el 20,3% del mercado. Por último es importante enunciar el origen de las llegadas al país: Chile (18,8%), Brasil (18,2%), Uruguay (15,3%), Europa (11,8%), Paraguay (11,2%), Resto de América (8,9%), Bolivia (6,8%), EE.UU. y Canadá (5,4%) y Resto del mundo (3,4%). Si bien estos datos son meramente ilustrativos para entender la magnitud del fenómeno del turismo, es útil también para ver la participación del mercado europeo en la Argentina. Nótese que el mismo no tiene un porcentaje menor al juzgar por la distancia, es comprensible que los tres primeros países limítrofes representan más del 50 % de las llegadas, pero definitivamente los europeos son numerosos y son los turistas internacionales no limítrofes que ocupan el primer lugar en el número de llegadas. Para cerrar este escenario numérico, se agrega que los turistas europeos eligen como destinos principales la Capital Federal y luego la Patagonia, siendo el grupo emisor que más noches en promedio pernocta en el país, concentrándose un número de noches en proporción mayor en la Patagonia que en la Capital.

Al margen de estos impactos medidos numéricamente, nuestra ocupación aquí es el marco cultural y social que se crea en torno a la actividad turística; fuerzas interrelacionadas que se van construyendo y retroalimentando, (o contraponiendo) en relación. Podemos pensar cómo la lógica persuasiva detrás del turismo nos dice que más que bienes se venden servicios, y más que servicios se venden ilusiones, descanso, placer, distracción, fantasías, deseos, belleza, escape. Y para algunos además pareciera ser la fuente de cierta libertad, de cierta autonomía en el obrar, de cierta capacidad o potencialidad para un accionar innovador, hacia afuera (aventura, actividades, desafíos) cuyo correlato podría ser hacia adentro (cambio, transición, puesta a prueba). Comprendiendo que si bien el turismo es un exponente más de la expansión de la economía neoliberal (y uno de los más fuertes) ¿podría a su vez brindar una herramienta para la emancipación de ciertos dictámenes que hoy en día nos dejan a la deriva? La propuesta trata entonces de pensar al turista como una nueva personalidad social, que a

través del experiencia turística va constituyéndose un relato que edifica un ser social con roles, funciones y sentido de ser, diferente al turista de masas tradicional.

El grupo bajo interés de investigación se compone de turistas europeos que visitan la Patagonia en temporada estival, que se distinguen principalmente por realizar diversas actividades en la naturaleza caracterizadas por un alto esfuerzo físico y contacto con la misma, a través del trekking principalmente en senderos de montaña, y de actividades de “aventura”. Además particularmente adoptan un andar autónomo, en teoría independiente del sector turístico (por el hecho de contratar pocos servicios, sólo los necesarios), la mayoría de las veces en soledad, y testificando fuertemente una búsqueda de experiencias “auténticas” tanto para con el paisaje, como hacia los locales, por medio de adentrarse a lo desconocido y al desafío constante. El método de investigación ha constado de observaciones y entrevistas abiertas, siendo de notable dificultad realizar etnografías en su sentido tradicional. Sin embargo, la finalidad de este trabajo se trata de un ejercicio de pensamiento a la luz de esos datos obtenidos, pero con certeza de la necesidad de trabajo de campo más exhaustivo. En consecuencia, la intención se centra principalmente en esbozar algunas ideas para comenzar a explicar en parte la dinámica de este grupo de turistas en particular; cómo sus prácticas plantean nuevos desafíos en cuento a las categorías de trabajo, ocio y espacio.

El contexto posmoderno:

Por consiguiente, a continuación se irá desglosando algunas de las particularidades de esa práctica turística poniéndola en juego con cuestiones más amplias, que si bien tratadas por separado, funcionan también en conjunto. Por ejemplo, una cuestión fundamental que atraviesa este análisis es el cambio cultural que opera con el advenimiento de la posmodernidad. Según Huysens (1984 en Harvey, 1998, p.56),esta transformación *“ha producido un desplazamiento notable en la sensibilidad, en las prácticas y formaciones discursivas, que distingue a un conjunto de supuestos, experiencias y proposiciones posmodernos del que corresponde a un periodo anterior”* .Si bien Harvey explicita que no hay certezas sobre los significados que el posmodernismo sobrepone a la modernidad, explica que el primero estuvo marcado entre otros por movimientos de deconstrucción, crítica de la corriente modernista racionalista, oposición a los meta-relatos totalizantes mediante la aceptación de

múltiples perspectivas y de voces, del caos, de lo efímero de lo discontinuo, lo que fluye, lo fragmentado; optando por lanzarse a ese vacío en vez de querer superarlo y emprender una búsqueda de lo eterno, como hacían los artistas. En parte implícito en lo anterior, el autor hace mención del “aspecto más liberador” del pensamiento posmoderno, la preocupación por la otredad: el reconocimiento de *“las múltiples formas de otredad que surgen de las diferencias de la subjetividad, el género y la sexualidad, la raza y la clase, las localizaciones y dislocaciones temporales (configuraciones de sensibilidad) y los espacios y geografías”* (Huysens, 1984 en Harvey 1998 p 134). Plantea también dificultades en la personalidad ante un mundo de juegos de lenguajes, el sujeto está también fragmentado, lo que lo lleva a un disfrute del presente ante la imposibilidad de proyectarse, pero ese presente es todo lo que hay, no tiene una raíz anclada en el tiempo, acarreado tal vez sólo la captación de las superficies. Este tosco esbozo de la posmodernidad sirve a título de comprender cómo el turismo influye y es parte de esa lógica: deseos por conocer la “otredad”; el disfrute instantáneo de la experiencia turística; la superposición en forma de “collage” de diferentes paisajes y lugares en cuestión de minutos por la intensa comunicación sea física o a través de medios tecnológicos; la entrega entusiasta al desafío y lo impredecible; la posibilidad de vivir múltiples mundos en uno solo; entre otras cosas. A continuación comenzaremos con uno de los puntos centrales de este análisis: el trabajo.

Trabajo

Sennett (2006) a través de diferentes autores nos configura un plano de la situación actual, alegando que estamos frente a nuevas transformaciones que difieren en algunos aspectos del capitalismo del siglo XIX y de principios del XX: la globalización debido a la expansión de las empresas multinacionales; el crecimiento de grandes ciudades conectadas a la economía mundial (las ciudades globales de Sassen); las innovaciones en tecnología y comunicaciones y del transporte; la pérdida de poder de las naciones e instituciones para asegurar un bienestar; todo esto genera un cambio en la forma de vivir y en las interacciones entre las personas. Sin embargo alega que lo que no ha variado a lo largo de la historia del capitalismo es la inestabilidad. Según este autor, el éxito del capitalismo a finales del siglo XIX se debió a su forma de organización, donde tomaron prestado el modelo militar y se extrapolaron así también a la sociedad civil, creando un capitalismo social, donde cada miembro que ingresa al sistema ocuparía una

determinada posición. El modelo implica la planificación, el orden, los objetivos a largo plazo, la estabilidad. Y esto funcionaba también para el empleado que podía estructurarse a través de una serie de experiencias, de una carrera, ubicado dentro de una jerarquía e integrando una organización burocrática, que los hacía sentir útiles. Pero esos días habrían acabado, esa racionalización del tiempo ya no existiría y por lo tanto no puede brindar la posibilidad de constituirse un relato de vida del trabajador. Las empresas han debido flexibilizarse y hacerse dinámicas para ser eficientes y competitivas: el poder pasó a los accionistas, con menos vinculación con las organizaciones empresariales, quienes adoptaron el cortoplacismo para incrementar su capital; los mandos medios de las burocracias fueron desapareciendo desvinculando al trabajador de otros trabajadores, y acotando su labor de interpretación de las órdenes, centralizándolas en los mandos altos. Lo anterior sumado a la automatización, daba lugar a la necesidad menor de mano de obra, y a la precarización laboral. Siguiendo con Sennett (2006) ahora el trabajo es también flexible, de corta duración, donde es necesario tener iniciativa ante el panorama cambiante; se posee un puesto no muy bien definido o variable de trabajo, gestándose así un sentimiento de angustia por la imprevisibilidad; de falta de sentimiento de pertenencia, de conocimiento del lugar de trabajo, y de relaciones sinceras entre compañeros por la competencia entre empleados. Por otro lado, ha decrecido el prestigio moral del trabajo estable, los jóvenes tienen ya internalizado el modelo de fluidez, de disfrute del presente y la apertura a las posibilidades más que al progreso. Todas estas condiciones actuales, hace que los jóvenes tengan menor posibilidad de proyectarse profesionalmente, lo cual representa un problema mayor para los trabajadores de clases populares que para los de las élites, que cuentan con posibilidades económicas de base mayor y de redes de contactos, que le suministran además cierta sensación de pertenencia. A partir de lo explicado anteriormente en base a Sennett (2006), podemos tomar como disparador la cuestión del trabajo y sus transformaciones en función del decrecimiento de su poder para operar como constructor de una identidad laboral que brinda un espacio en la sociedad y que además según Weber se traduce en un valor moral, en una guía de edificación del carácter.

Una de la hipótesis es entonces que cierto grupo de turistas ante este panorama desconcertante, puede sentirse a la deriva, ya que no existe el tiempo racionalizado, las

metas, objetivos de la vida profesional; por lo cual van en busca de un identidad por fuera del ámbito del trabajo. Ahorran durante meses o tienen disponibilidad económica (sumado a una buena administración y jerarquización en el uso del dinero) para viajar de forma prolongada. En sus discursos el trabajo no parece ocupar un lugar importante en cuanto a la definición de su ser social ni personal. Si en “El fin del trabajo” Rifkin (2004) nos advierte de la creciente automatización de la economía y como contrapartida al advenimiento de altos índices de desempleo y subempleo y a causa de eso la desestabilización de la función social del trabajador, ¿puede el turismo en parte dar poder de acción al individuo para redefinir su ser, su función social?

Tiempo

En nuestra coyuntura nada parecería firme y seguro, el tiempo es relativo; la flexibilidad, dinamismo, cortoplacismo, e inestabilidad son marcas del presente. Pensando acerca lo que nos dice Sennett (1998, 2006), que a través de la diferencia generacional explica cómo antes existía un camino seguro por donde transitar como persona/trabajador y donde un día los frutos del trabajo se verían materializados, además de haberse construido en ese tránsito/vida un sentido de existencia. Más allá de las posibilidades de elección dentro de ese camino, la recompensa estaba al final del recorrido. Lo que Sennett (1998) enfatiza en este contexto es justamente la historia de vida, el sentido de pertenencia que se ve desarraigado. Empero, en el turismo la recompensa se obtiene ahora, el disfrute aparece a corto plazo, y la experiencia es tangible, acumulable, escribible y posible de contar y sobretodo de dar existencia a un relato, por lo tanto sentido a la vida personal del turista. Si antes era la ocupación laboral la que le proporcionaba un lugar en la escala social, lo hacía sentir importante, ahora se podría obtener eso mismo tal vez a través de esa misma autonomía (en parte gracias a la posesión de cierto capital económico) requerida por las empresas flexibles de nuestros días.

Eventualmente el turismo practicado de esa manera sea una evasiva, un cisma dentro del mismo sistema capitalista. La imposibilidad de los tiempos a largo plazo y de las estrategias son entonces así también desafiados. Sus estadías son prolongadas, hasta podría pensarse que son a largo plazo, porque existe una especie de bosquejo de existencia detrás, una idea de proyecto. En muchos casos oímos a los turistas aducir que

quieren inmiscuirse en la realidad de los lugares que van conociendo. Es decir, evitarían pasar efímeramente por un lugar, tal vez para lograr cierta apropiación, cierta significación. Análogamente a lo que postula Sennett (2006) sobre la “burocracia”, donde en la estructura jerárquica los empleados se van conociendo y trabajando juntos establemente, lo cual aumenta su confianza, conocimiento y responsabilidad; nuestros turistas parecerían seguir estas pautas en sus itinerarios. Buscan acercarse a la autenticidad, generar lazos no ficticios, con personas reales, conocer las realidades con cierto grado de profundidad, hacer amistades.

Sin embargo, la lógica global se imprime también en sus prácticas. Podríamos tal vez arriesgar otra hipótesis: que aunque en sus iniciativas parece haber cierta cuota de originalidad, su habitus occidental y posmoderno surte cierto efecto. El no tener una planificación (lo cual no es del todo cierto, porque muchos terminan haciendo el mismo itinerario y además están muy bien informados, con guías de uso entre su grupo de pertenencia) e ir moviéndose según lo que acontece, las voluntades, los desafíos que surgen evidencian una aceptación de la incertidumbre, de la capacidad de ser flexible, adaptable, entregarse al desafío y al desconocimiento ante posibilidades de cambio. Consecuentemente se podría pensar en una fusión o yuxtaposición de ambos paradigmas que brinda una ilusión de escape que de todos modos existencialmente parece llenar un vacío.

Como expone Harvey, las percepciones y así, concepciones de tiempo y espacio variarán en función al modo de producción y de formación social. Queda entonces abierto el interrogante acerca de cómo exactamente construyen esas categorías de significado que les permiten dotar a su vida de un sentido especial, que los distingue de otros turistas, y de otros pares europeos y de cómo según el autor esto implica cambios en las condiciones materiales también en su vida diaria, reproduciendo sus prácticas particulares de hacer turismo.

Espacio

Anteriormente, nos estuvimos preguntando acerca de la dimensión del tiempo, de cómo podría ser entendida, construida y vivida por los turistas, pero como nos indica Harvey

citando a Foucault y Lefebvre, existe un cambio en el posmodernismo, que se traslada de la preocupación por el tiempo, a la del espacio. Lefebvre (1974) habla de un cambio en la forma de producción en donde *“se pasa de la producción en el espacio a la producción del espacio”* (1974, p 219) y al mismo tiempo denuncia a la industria del ocio como la nueva fuerza que colabora en este régimen liberal, ya que se ha apoderado de los “espacios vacíos”, los han integrado al mercado, y es a través de ellos en donde el régimen reproduce sus relaciones de producción.

Simultáneamente, ¿qué acontece en el ámbito de los actores, y de su posibilidad de acción por sobre lo estructural? Como cita James Clifford a Michel de Certeau (1997, p.54) *“el "espacio" nunca es algo ontológicamente dado, surge de un mapa discursivo y de una práctica corporal”*. La pregunta entonces devendría, utilizando a Michel De Certeau (2000) en pensar cómo “leen” estos turistas el paisaje patagónico, utilizando a este autor que reivindica el lugar de los consumidores, como sujetos activos que si bien reciben un cúmulo de informaciones, productos, espacios prefabricados, se pregunta acaso como se “valen de ellos”, es decir , recurriendo a la noción de trayectoria como *“un movimiento temporal en el espacio, es decir, la unidad de una sucesión diacrónica de puntos recorridos”* (p. 41). Sin tomar esta frase en su sentido literal, nos está advirtiendo del movimiento de los actores, aplicando el modelo de la enunciación de la lengua al ámbito pragmático, en donde hay un contexto, la instauración de un presente, una apropiación, una efectuación y un interlocutor. Hace también así una analogía del consumo con la lectura, en donde *“el texto sólo tiene significación por sus lectores; cambia con ellos, se ordena según códigos de percepción que se le escapan”* (p.183). El argumento de De Certeau (2000) se centra entonces en la noción de uso y es aquí donde nosotros divergimos hacia otro lado, si bien concibiendo al sujeto no como un receptáculo sino como un sujeto fabricante de “tácticas” (el arte del débil) en un contexto que lo excede y lo asedia, pero más que operar sobre lo impuesto, se pone a él mismo en el centro del escenario, para desencadenar experiencias.

Siguiendo con este mismo autor, pero a través de Harvey, nos habla de un caminar que define un *“espacio de enunciación”*, de que los seres humanos *“No están localizados; más bien, ellos espacializan”* (1998, p 238), de una *“retórica pedestre, de trayectorias que presentan una estructura mítica”* (1998, p 239) que si bien hace referencia la

ciudades, podríamos aplicarla a los destinos turísticos en este caso a la Patagonia, como espacio que se va simbolizando, se va creando a través de las prácticas corporales que se desarrollan sobre ella. Y siguiendo con Harvey, de estas prácticas no sólo nacen los espacios sino que también permiten al ser humano buscar su lugar en el (valga la redundancia) espacio social y definir sus relaciones con los otros. Como afirma Harvey *“en el contexto de prácticas específicas, la organización del espacio puede sin duda definir relaciones entre personas, actividades, cosas y conceptos”* (1998, p 241).

Valiéndonos del término “worlding” de Gayatri Spivak (Clifford, 1997, p. 78) el cual hace alusión a cierta configuración del mundo en función de la práctica etnográfica antropológica podemos pensar cómo esta práctica viajera en su desplazamiento van urdiendo una espacialidad del turismo que claramente tiene puntos de convergencia en su dinámica con las exploraciones coloniales, con la empresa antropológica, con una matriz simbólica de imágenes naturalizadas, de ciertos mapas de fantasías de la “otredad”.

Por último queda para otro trabajo el análisis de una tercera dimensión que trata del análisis del espacio en relación a la existencia sobre el individuo y los grupos donde el cuerpo ocupa también un protagonismo. Esta dimensión resulta interesante de tener en consideración porque el desplazamiento de estos turistas operaría entonces en su sentido de “estar fuera o “desubicado”, “descolocado” del lugar propio, identitaria, ontológico de estos turistas, pudiéndose efectuar entonces una reconfiguración de los mismos.

Paisaje

Una constante en la práctica de estos turistas es la avidez por viajar, que se manifiesta ya sea visitando diferentes lugares, permaneciendo por largas estadias, queriendo conocer otras “realidades”, otras “culturas”; que pareciera engendrar una voracidad en el consumo estético y cultural. No es posible abordar aquí el tema del paisaje específicamente, aunque es oportuno analizar algunos de los aspectos de la experiencia estética de los europeos en la Patagonia, porque inaugura cierta narrativa mítica. Descrita a través de palabras como salvaje, virgen, pura, desierta, vehemente, basta, y

vivida como inconmensurable, inhóspita, desafiante; deja evidenciada una movilización del deseo, la fantasía que podemos atribuir tanto al posmodernismo como al modernismo. El capitalismo ha transformado todo en mercancía, hasta la naturaleza, haciendo del paisaje en parte un producto cultural y el motor consumista ha calado tan hondo que no sólo se inventan necesidades, deseos y anhelos, sino que también se proporcionan los medios para su realización (aunque en la práctica es efímera) dinamizando así el ciclo para más producción y más consumo. El capitalismo ha hecho del turismo un compañero fiel y esencial a su lógica, y en el caso que nos ocupa, está coproduciendo la percepción material del paisaje. Harvey (1998) nos advierte de la estetización de la política y de los peligros del discurso posmoderno, de su apertura hacia las otras verdades, otros relatos, otras voces, aunque en un mismo movimiento que los encapsula y los atraviesa sólo superficialmente. Cabría suponer que nuestros turistas tal vez sólo estén haciendo ese recorrido superfluo a modo de remedio o aliciente de la desesperación, inestabilidad y relatividad que el mismo sistema imprime, por medio de un ímpetu urgente de consumir más paisajes, más culturas y de acumular en su diario de viaje y en su conciencia un ethos de viajero, que desconocemos que significa a modo de estatus social, a modo de carta de membresía para pertenecer a cierta subcultura de viajeros (y no de turistas).

Simultáneamente, también podríamos concebir a estos turistas como modernos, o con algunos rasgos de una de las variantes de la misma. Harvey (1998) citando a Baudelaire se refiere a las dos caras de la modernidad. Por un lado la fragmentación, el caos, la fugacidad (también patrones de nuestra época), pero sincrónicamente la existencia de la eternidad, de lo inmutable, cuya búsqueda era mérito y orgullo de los artistas. Esta fue una etapa particular de la modernidad, en donde hubo un *“desplazamiento radical de una estrategia racional a una estrategia más conscientemente estética para el cumplimiento de los objetivos de la Ilustración”* a causa de que Rousseau propuso un *«Siento, luego existo»* por sobre el clásico *«Pienso, luego existo»* (Harvey, 1998, p.34). Siguiendo con este argumento podríamos atribuir a los europeos cierta dosis de capacidad artística, en su exploración encarnizada por la eternidad, la belleza de lo efímero y transitorio por medio de la vivencia de la naturaleza. En sí, la modalidad de desempeño turístico parece ser el artefacto que permite la consumación de ese momento, de esa experiencia constructiva.

Probablemente entonces, una diferencia entre este tipo de consumo cultural y de otro, es que admite una impronta más personal: esfuerzo físico en ambientes naturales donde avasalla cierta atemporalidad, o al menos donde el paso del tiempo se lentifica, como contraposición a la velocidad y ritmo acelerado de las ciudades. Encontrarse con la naturaleza durante un tiempo prolongado, valiéndose de uno mismo, proporcionaría un “suspenso” de la realidad citadina (esto podría aplicarse a cualquier otro momento vacacional), un “limen” o "separación" (dentro de un ritual de iniciación) que permite cierta flexibilidad del comportamiento habitual, produciendo en este caso cierta desaceleración del ritmo y de la ansiedad. Existe un testimonio bastante simple que se repite en muchos turistas que ilustra varias de estas cuestiones. Al emprender un trekking de montaña, más allá de estar preparado físicamente (estado de salud, equipo etc.) invisten una condición serena y paciente porque pareciera que el mismo gran esfuerzo físico así se lo demanda. En el proceso, ellos alegan que se aprende a valorar el presente, el recorrido, pero al mismo tiempo suelen tener un objetivo: llegar a la cima o al final de la travesía. En este triunfo aparece entonces una meta materializable, realizable, tal vez análoga a la meta laboral que analiza Sennett (2006) existente a principios del XX, que en la vida diaria ya no sería segura. Entonces, podríamos concluir que estos turistas entran finalmente en el engranaje posmoderno, cumpliendo ciertas añoranzas modernas al captar la belleza y la eternidad al mismo momento que disfrutan del presente dinámico y efímero. Y en ese goce colman en parte el deseo constante y desesperante de nuestro tiempo alcanzando cierta meta, recorriendo cierta trayectoria y así ganando en subjetividad que les da sentido a su existencia. Como se suele decir en el sentido común: el viaje es un fin en sí mismo. Vale la pena aclarar que la mayoría de estos turistas a pesar de lo comentado anteriormente, asimilan el efecto del viaje a una droga: crea dependencia, estados de conciencia gratificantes, y síndrome de abstinencia, consecuencia de un deseo galopante que no cesa.

A continuación pasaremos a desarrollarla algunas cuestiones sobre un aspecto que mencionamos anteriormente pero que dejamos en suspenso: la cuestión de la experiencia, en donde la materialidad del cuerpo es el protagonista organizador de otras prácticas, constitutivas así de ciertas subjetividades. Porque estos turistas no sólo nombran a la Patagonia y “compran” un producto ya construido, sino que lo caminan,

la comen, la huelen, la sufren, la escalan, la fotografían, la cuentan, la recuerdan, la imaginan. ¿Cuántas prácticas sensoriales intervienen aquí en lo que podríamos englobar como el “viajar”, que más que un consumo es una vivencia? Parece interesante correrse del concebir todo como un consumo, como si el sujeto sólo aparece ahí en el acto de compra, reserva, alojamiento; una bipolaridad sujeto-objeto de turismo, cuando en realidad el sujeto es un ser arrojado a la experiencia de sí mismo.

Habitus y cuerpo no natural:

Proseguiremos entonces a pensar la acción del sujeto por sobre lo determinado, léase acá entonces los espacios definidos actualmente por el sistema socio-económico como por las diversas narrativas y discursos que se han significado a la Patagonia desde tiempos de la colonización y que siguen funcionando a través de las políticas de promoción turística y la publicidad, que pueden seguir sintetizando turísticamente la configuración centro-periferia. En primera instancia se discutirán algunas nociones de Bourdieu (1988), para poder preguntarnos si acaso estos turistas pueden salirse de sus habitus sea por ser europeos y/o por ser “viajeros”, y establecer otro tipo de relaciones que los atraviese, modificando su cultura; o si por el contrario siguen reproduciendo ciertas lógicas para con ellos mismos y para con la Patagonia. Luego, se harán algunas consideraciones en relación al cuerpo.

Bourdieu (1988) plantea lo que separa de Lévi Strauss, explicando que hay una triple acepción para la palabra regla. Se aleja así de la concepción de una estructura, de un conjunto de reglas en donde el agente responde mecánicamente. Por consiguiente explica que existe cierto grado de libertad del individuo en su accionar, porque puede elegir la manera que le parezca mejor en cada situación combinar las disposiciones que recaen sobre él. A su vez califica a estas estrategias como prácticas, es decir ni como un resultado consciente racional ni emotivo por cuestiones afectivas o éticas, pero tampoco como actos inconscientes. Si bien es cierto entonces que el agente adquiere ese sentido práctico a través de un entrenamiento de vida en donde va incorporando un sentido particular definido en su cultura, es decir, se le vuelve carne (habitus) y logra escaparse de algo que actúa a nivel macro sobre sí mismo, pareciera que el autor excluye la posibilidad de moverse por fuera del “tablero”: *“Para esta libertad de invención, de improvisación, que permite producir una infinidad de jugadas hechas posibles por el*

juego (como el ajedrez) tiene los mismos límites del juego” (Bourdieu, 1988, p. 70). Podríamos polemizar además otras temas a Bourdieu en cuanto rehúsa un mecanicismo, y al mismo tiempo de fondo las constricciones del actor son de tipo biológicas, naturales, dadas; a través de explicaciones como la *“necesidad inmanente del juego”* (1988, p. 71), de que el habitus sea un juego social vuelto naturaleza, que se inscribe en el individuo biológico y que las estrategias posibles se inscriban según un *“estado de posibilidades y exigencias objetivas”* (1988, p. 71) lo que pareciera una vuelta a cierto determinismo.

Si pensamos estas cuestiones en base a los turistas europeos, ¿podemos llegar a asegurar que lo que ellos hacen no debe ser nada nuevo, sino que existen otras prácticas parecidas en otros ámbitos, por ejemplo, pensando que solo viajan para poder acumular cierto capital simbólico, sin duda más importante que el económico?; o ¿podemos acaso pensar que son una versión divergente del turismo concebido en términos tradicionales y que se van construyendo y afianzando a través de la repetición pero también de la inclusión de nuevas visiones, fusiones de diferentes modos de pensar en este contexto posmoderno donde los relatos cruzan fronteras, se mezclan, y donde a pesar de que existe una tendencia hacia la homogenización de la cultura, existe por contrapartida fuerzas que pugnan por la diferenciación? Un contraargumento es pensar que sólo están escapando, demorando, suspendiendo sus roles, sus lugares como agentes en determinado grupos de pertenencia y todo lo que hacen (sobre todo los que viven viajando) es evitar caer en esas estructuras de las que muchos afirman sentirse oprimidos. Se podría considerar que lo quieran o no, sean conscientes o no, quedan envueltos en otra lógica ya más o menos consolidada, pero que tal vez ellos vayan imprimiendo nuevos significados.

Continuando, Bourdieu argumenta un modelo teórico en el cual las prácticas y representaciones de los agentes están condicionadas por estructuras objetivas que les confieren existencia, aunque a causa de esa praxis quedan expuestas a modificaciones. Sin embargo, esta transformación o conservación de las estructuras no es tan abiertamente posible, ya que según el autor *“por constructivismo quiero decir que hay una génesis social de una parte de los esquemas de percepción”* (1988, p. 127)...Vuelve la pregunta entonces de la naturaleza de la novedad, si el agente a pesar de poder

moverse tácticamente en las indefiniciones del accionar simbólico en tanto no son normas, cómo es posible que pueda accionar originando un cambio en cierto esquema clasificatorio de percepción si su lógica práctica se define en función espacio ocupado del cual pareciera no haber movilidad y si la espontaneidad del habitus está circunscripto a una infinidad de actos que sin embargo “están *inscritos en el juego, en el estado de posibilidades y exigencias objetivas del juego*” (Bourdieu, 1988, p.71). Si la formación de grupos se debe a la necesidad de manutención de un puesto determinado en la escala social por ejemplo, las estrategias de reproducción social que se llevan a cabo, a pesar de que puedan encontrar nuevas jugadas, ¿no quedan restringidas a los límites que imponen sus representaciones, no sólo por una cuestión de naturaleza del habitus sino además por la conveniencia de los grupos que ocupan lugares jerárquicos? En ese sentido, si detrás de la táctica existe una experiencia, y detrás de un cumplimiento de una norma explícita hay un interés, como hace uso Bourdieu de una frase de Weber, ¿la motivación que presentan estos turistas de un cambio personal, de una puesta a prueba de sí mismos, es un interés racional? ¿O está inscripto bajo la exigencia de su propio juego de manera entonces cuasi automática? Consiguientemente, ¿su práctica turística establece nuevos significados o queda atrapada en la misma lógica? ¿Se ponen en peligro como grupo en el caso de que sus jugadas estén por fuera de las regularidades propias de su cultura? ¿Hasta dónde llega la transgresión de la estrategia? ¿Es posible abordar en términos de sentido las prácticas de los europeos a través de Bourdieu?

Para complejizar pero al mismo tiempo resolver estos interrogantes, tomamos la crítica que hace Bernard Lahire (2004) a Bourdieu (2008) al señalar el concepto de habitus como una categoría homogeneizadora, lo que nos abre el paraguas para pensar también en un habitus viajero, y en todo caso en la combinación de varios habitus, en donde la experiencia turística va a marcar una diferencia notable, tal vez más que de unificación a otra serie de disposiciones y vivencias, de reconfiguración y ampliación de los repertorios de la acción. Como expresa Lahire (2004):

“Desde el momento en que un actor ha sido colocado simultánea o sucesivamente, en el seno de una pluralidad de mundos sociales no homogéneos, y a veces incluso contradictorios, o en el seno de universos sociales relativamente coherentes, pero que presentan contradicciones en algunos aspectos, nos encontramos con un actor con un stock de esquemas de acción o

de hábitos no homogéneos, no unificados, y, en consecuencia, con prácticas heterogéneas (e incluso contradictorias) que varían según el contexto social en el que se vea obligado a evolucionar” (pp. 46-47).

Este autor habla así de actores plurales encontrando una posición intermedia entre las teorías del actor como unicidad o como fragmentación interna o compuesto de múltiples <yoes>. Esto da lugar a la disponibilidad (y así a la elección) de muchos repertorios con origen en experiencias de socialización construidas e incorporadas a través de varios esquemas de acción (formas de percibir, de sentir, de evaluar, etc.) .Tomamos esta teoría como un marco interesante sobre todo por el contraste no sólo contextual sino por las prácticas de desplazamiento turístico y en especial por el accionar en la naturaleza. Y volvemos así al cuerpo, a los modos de ser y las formas específicas en los que el mismo es preparado antes de viajar, y como es puesto a la intemperie de actividades sumamente desafiantes en términos físicos, a condiciones climáticas diversas, rozando un ritual de sacrificio. Marcel Mauss (1979) fue uno de los primeros de hablar de “técnicas corporales”, de cómo se enseñan para construir un cuerpo eficaz que pasa luego a ser naturalizado. Así habla de que las *“técnicas se ordenan dentro de un sistema general que nos es común”*, *“de montajes simbólicos”* (p. 343). Y aquí la importancia del cuerpo para Foucault, asidero de las múltiples formas de dominación (no personalizado) pero al mismo tiempo de posibilidad de resistencia. Dice Harvey *“La irreductibilidad (para nosotros) del cuerpo humano significa que la resistencia sólo puede movilizarse desde ese lugar de poder en la lucha por liberar el deseo humano. El espacio, para Foucault, es la metáfora de un lugar o recinto de poder que en general constriñe pero algunas veces libera procesos de Devenir.”* (1998, p.238) Ponemos énfasis en esto, porque en la práctica turística de estos europeos el cuerpo ocupa el lugar primordial, es a través de él que se materializa un deseo, una motivación que si bien puede responder a una pauta cultural específica de una subcultura, y justamente porque responde a una lógica liberal tiene un componente de autonomía y de sello individual Nos preguntamos entonces cómo se ordenan en los cuerpos mismos de estos turistas, cuál es esa matriz simbólica que los sustenta y da existencia y cuánto de participación tiene la Patagonia o la periferia o los lugares supuestamente incólumes a la globalización; y cómo es que aprenden, se les hace carne y se reproduce? Vemos a primera vista por ejemplo, cómo se va configurando un vestir determinado, como las mismas prendas se van sofisticando para una mejor rendimiento; cómo a pesar de que ellos dicen hacer su propio camino, tienen guías específicas para su tipo de turismo, y

cómo al fin y al cabo, recrean los mismos itinerarios, que si bien mayormente escapan a los beaten-tracks turísticos, trazan sus propios lugares de interés meritorios de ser atravesados.

Cuerpo:

Como se viene trabajando desde muchos ámbitos disciplinarios, sabemos que el cuerpo no es una entidad natural sino que está socialmente construida. Sin adentrarnos en la genealogía de dicho proceso, lo relevante aquí es tratar justamente de deconstruir a través de la observación de la prácticas de estos turistas cuáles son las especificidades de sus movimientos teniendo en cuenta la posibilidad de que esté operando entonces un cambio en ellos mismos en consecuencia con un proceso de extrañamiento de su realidad y roles establecidos. En este sentido, en vista a algunas observaciones ya realizadas se puede aseverar que de por sí su accionar tiene un código práctico que difiere de otras formas de transitar, de habitar y de significar. Planteándolo así, resulta evidente el contraste de una praxis cotidiana con la de una embebida en una cuasi libertad de ocio. Pero ¿qué sucede acaso dentro de esta esfera de tiempo libre (que de ninguna manera presuponemos como espacio-tiempo que existe por oposición o por complemento) en diferentes turistas? Podemos arriesgar aquí entonces algunas de las modalidades observadas de los europeos. En principio, podríamos describirlos como sujetos que intentan de alguna medida mantener una autonomía y así ir construyéndose en un relato, donde hipotetizamos que el cuerpo no es sólo el instrumento, sino también el escenario de sus propias vivencias. El nomadismo tomado en el sentido de una cuasi peregrinaje y un tiempo invertido que puede llegar en los casos más paradigmáticos a varios meses (más la repetición) sumado a una flexibilidad para estar atento a los que va sucediendo, sin decidir, según ellos, de antemano el recorrido a efectuar. Visualmente, se los puede individualizar como sujetos de un andar sereno, como introvertidos, como si además el peso de la mochila a costas impusiera un paso firme pero desacelerado. Suelen moverse solos o en poca compañía y mayormente se autoproclaman viajeros en vez de turistas.

¿El ocio como nuevo valor social?

Venimos desarrollando la posibilidad de que ciertas formas de turismo estén posibilitando la construcción de un ser social, lo que no indica que el ser turista

reemplace al trabajo. Sin embargo nos preguntamos acaso cual es la función de este último en un grupo de personas que no trabaja, o lo hace circunstancialmente; y de modo complementario cual es la razón de ser del ocio, y qué lugar ocupa cada uno de ellos como matriz ordenadora de sus prácticas. Al respecto podemos analizar dos cuestiones interesantes. Por un lado como nos dice Castell(1999), el trabajo adquiere desde el siglo XVIII la concepción de ser una fuente de riqueza personal y social, y de esta forma de un estatus de honor y reconocimiento privilegiado, y como contrapartida el ocio es criminalizado, ya que las condiciones estarían dadas para que cada uno, a través de su propia autodeterminación, esfuerzo y deseo de superación encuentre una ocupación laboral. Los responsables de esta ruptura fueron Locke con su teoría del trabajo como fuente de la propiedad, y Smith con la definición del valor del trabajo en términos económicos. Los liberales pensaron el intercambio libre en un mercado sin ataduras, y con participantes que tendrían el mismo poder de negociación, ya que ambos jugarían bajo la objetividad de sus intereses. Entonces el trabajo pasa a transmutarse desde una necesidad, un destino de los desafortunados, y una obligación moral y religiosa a una fuente de honor, y de definición humana propiamente como dice Marx: el trabajo es *“la fuente de toda productividad y es la expresión de la humanidad misma del hombre”* (p 174). Los teóricos del liberalismo estaban convencidos que esta sería la respuesta a la cuestión social, es decir, a la pobreza, ya que habría un equilibrio entre los intercambios y los intereses de por sí, y el estado se encargaría sólo de socorrer a aquellos que bajo ningún modo podían trabajar. El ocio entonces era criminalizable no sólo por su oposición al alto estatus social que tenía el trabajo, sino porque la posibilidad del desempleo, o sea, la vulnerabilidad de las masas conduce al riesgo de caer en la violencia. El valor del trabajo debía ser protegido en tanto indispensable para la riqueza de la nación y en tanto disciplinante de las masas para que no desaten su naturaleza violenta.

En segundo lugar, llama la atención hoy el reconocimiento, distinción social, o hasta signo de ser una persona cultivada que imprime el viajar, y en ese movimiento en particular (y menos reconocible) el relegamiento de la cuestión laboral a los márgenes de necesidad. Claramente no estamos refiriéndonos a la necesidad que surge de un estado de pobreza y marginalidad, sino a cierta falta de dinero o recursos para sustentar o prolongar el viaje. El trabajo por lo tanto no es fuente de integridad en estos turistas,

sino más bien algo que pasa desapercibido, casi un mal menor que no es experimentado ni con orgullo ni con penuria. Entonces ¿es posiblemente el ocio que ha sido reivindicado y ocupa el lugar del trabajo en cuanto a definición de la existencia? ¿Podría sospecharse alguna trasmutación de valores del trabajo al ocio? ¿Se trataría entonces de un "retroceso" en donde el trabajo vuelve en parte a un estado anterior, haciéndolo su razón de ser haber nacido sin privilegios, mientras que la dedicación al ocio representa a una sociedad con cierto grado de opulencia? En respuesta a estas preguntas, podría pensarse que bajo el modus operandi de estos turistas subyacen valores como la autonomía, el poder de decidir (autodeterminación), el riesgo y el esfuerzo introyectados a través de esa necesidad de autosuperación. Asimismo, pareciera que la gratificación emocional y sentimental es la nueva fuente de riqueza personal.

En definitiva, una alternativa analítica para esta cuestión podría ser la elaboración de una precisa distinción de los tiempos y roles del trabajo y del ocio en la experiencia de los europeos, aunque tal vez sea sustancial superar esta lógica bipolar. Esta intuición en parte deriva de que no sería del todo cierto ubicar al ocio y trabajo como esferas contrapuestas como fue pensado en la sociedad capitalista en base al descanso y la recuperación, ni como fue pensado por los defensores del libre mercado, ni como esferas separadas dotadas cada una de una existencia en sí mismas. Esas fronteras ya no son claras ni tajantes. Nuestros europeos eligen trabajar a corto plazo, en trabajos de poca calificación o mal pagos, circunstanciales, como en bares, hostels, negocios locales o huertas (especialmente pensadas con esa finalidad) o en trabajos voluntarios a cambio de comida y alojamiento. La pretensión es prolongar la estadía del viaje, a veces hasta "subsistir", con el afán de conocer más a fondo donde están, crear nexos más reales. Este subsistir al revés que en el mundo laboral de hoy tiene otro significado.

Si en las sociedades "primitivas" no podemos distinguir lo económico de lo social, o de lo religioso, o de lo político, por como su forma de intercambio económico da el marco del hecho social total de Mauss; en el caso de estas prácticas turísticas se hace por lo menos difícil separar y antes que nada, definir qué es el trabajo para estos turistas y que es el descanso, cuáles son sus prácticas religiosas, y cómo conforman sus lazos sociales, entre otras cosas. ¿Cómo podemos abordarlos cuando durante un tiempo prolongado o no trabajan o lo hacen circunstancialmente en actividades que parecen no definirlos?

¿Cómo comprender un tiempo vacacional que se extiende por meses y repetidas veces? El turista en sí compra y vende servicios y productos para su manutención en el viaje, pero no responde a una lógica acelerada de consumo. En parte estos turistas representan un grupo que parecería tomar ventaja sobre el sistema, ya que aprovechan las comunicaciones y expansiones de los medios de transporte, accediendo a sitios que hace un tiempo estaban más restringidos, pero paralelamente no representan la demanda de turismo que mayor valor en términos monetarios produce. Por otro lado, estos europeos tienen el control, si bien dicen que “se entregan” al destino, su voluntad y accionar siempre pueden inferir y tomar decisiones de algún tipo. Tienen autoridad y poder sobre sí mismos, y una constante mediación con el paisaje, con los otros, para ir tejiendo una malla de significados siempre activa y formadora de su relato vital. Si le sumamos el esfuerzo físico, el gasto medido o en todo caso invertido en lo que consideran mejor, su preocupación ecológica y algunas de sus preocupaciones sociales, su propia instrucción; muestran el ejercicio y la construcción de un carácter, puesto a prueba por los avatares de un lugar extraño, del forjarse a sí mismos, de una ética de trabajo propia,

Conclusión:

Tal vez el turismo, cuyo motor silencioso es el placer, permite una vía asequible y segura de construir una subjetividad en contraposición de un trabajo que ha disminuido su potencialidad, debido por un lado a la progresiva desaparición según Rifkin (2004) y al cambio de su valor preponderante en la construcción de una identidad social (Sennett). En el contexto contemporáneo la gratificación ya no se posterga porque no están allí las instituciones para garantizar una recompensa, desaparece la posibilidad de un trabajo estable, se está justamente “a la deriva”. El turismo en cambio, se lo puede pensar como un estado de cierta libertad (por lo menos en el viaje mismo) con posibilidad de gratuidad, o mejor dicho de establecimiento de otros nexos: con otros turistas, con los locales, en donde su estado de existencia está trastocado de sus roles tradicionales y así se abren nuevas posibilidades. Lo anterior lleva a considerar la existencia de una instancia de cambio, tal vez de acontecimiento de Sahlins (1988), en donde su subcultura se reproduce pero en la transformación de las propias categorías de significado. Parecería factible que si bien esta actividad está inscripta dentro del sistema liberal capitalista, podría en efecto proporcionar una alternativa menos perjudicial y al mismo tiempo con potencialidad creadora, innovadora. Los turistas a pesar de seguir el

arquetipo dinámico, fugaz, imprevisible, desafiante de nuestra era, parecerían poder invertirlo a su favor, haciendo que estas condiciones no sean experimentadas de manera angustiante como ocurre en el sector laboral, sino que sean vividas con goce y con el provecho de trazar un relato de sí mismos. En esta nueva esfera de experimentación se encuentran los otros, el paisaje, y uno mismo. Y allí es donde se va produciendo un ejercicio de interpretación-dotación de sentido para uno mismo y su grupo de pertenencia, que podría resultar en encontrar cierto lugar en el mundo, además de variadas consecuencias culturales y sociales de diverso tipo e intensidad por la gran interconexión planetaria que fomenta el turismo.

Bibliografía:

Bourdieu, P. (1988). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa (“De la regla a las estrategias”, pp. 67-83; “La codificación”, pp. 83-93; y “Espacio Social y poder simbólico” pp. 127-143)

Bourdieu, P. (2008). *El sentido práctico*. Siglo XXI de España Editores.

Castel, Robert (1999). La modernidad liberal. *La metamorfosis de la cuestión social. Unacrónicadelsalario*. Barcelona: Paidós

Clifford, James (1997) “Spatial Practices: Fieldwork, Travel, and the Disciplining of Anthropology”. In: *Routes. Travel and Translation in the Late Twentieth Century*. Cambridge: Harvard University Press.

De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano: artes de hacer. I* (Vol. 1). Universidad Iberoamericana.

Harvey, D (1998). *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lahire, B. (2004). *El hombre plural: los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra.

Lefebvre, H. (1974). La producción del espacio. In *Papers: revista de sociología* (pp. 219-229).

Mauss, M., & Lévi-Strauss, C. (1979). *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.

Ministerio de Turismo. Encuesta de Ocupación Hotelera (EOH), febrero 2015 .
Disponible en <http://desarrolloturistico.gob.ar/estadistica/eoh>

Ministerio de Turismo. Anuario Estadístico de Turismo 2014, Disponible en
<http://desarrolloturistico.gob.ar/estadistica/anuarios-estadisticos>

Rifkin, J. (2004). El fin del trabajo. *Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*.

Sahlins, M. (1988). *Islas de historia: la muerte del capitán Cook, metáfora, antropología e historia*. Gedisa.

Sennett, R. (1998) A la deriva. *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Sennett, R. (2006). Burocracia. *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.